

LA LIBRETA

La libreta había permanecido olvidada durante mucho tiempo, por lo que el día en el que, por casualidad, dio de nuevo con ella, no pudo ni recordar cómo había ido a parar a la estantería. Incluso entonces la dejó allí durante días, hasta que se fijó de nuevo en ella y, sin pensarlo demasiado, se la metió en el bolsillo del abrigo. Desde ese momento sería incapaz de vivir sin ella.

Se dio cuenta de que tenía poderes la primera vez que anotó algo en ella. El simple acto de escribir parecía descerrajar alguna puerta oculta de su pensamiento. Como por arte de magia, sus claras y blancas páginas parecían brindar la solución a cualquier problema que la atormentara. Las dificultades de la vida se resolvían sin apenas esfuerzo; la libreta no se achantaba ante nada. Si algo había estado preocupándola durante meses, incluso años, se solucionaba con solo garabatear distraídamente cuatro palabras, mientras iba en el autobús, por ejemplo, o esperaba en un café. Llevaba la libreta consigo a todas partes.

Al final ocurrió lo inevitable: llegó a la última página. Fue en un momento especialmente difícil para ella. Sabía que necesitaba reemplazarla por otra igual y entró en una papelería tras otra, pero pronto descubrió, al ver la expresión del dependiente mientras

observaba la libreta desde todos los ángulos antes de depositarla sobre el mostrador, sacudiendo levemente la cabeza, que no iba a ser tarea fácil. Le ofrecieron algunas alternativas que probó a conciencia, pero los resultados no fueron satisfactorios, más bien al contrario. Tenía que encontrar una libreta idéntica.

Un día entró en una tienda de novedades cuyo escaparate estaba repleto de objetos de todo tipo, como despertadores con forma de templo dorado o paraguas que brillaban en la oscuridad. No albergaba muchas esperanzas de encontrar allí lo que andaba buscando, pero, cuando se disponía a salir, reparó en un hombre joven sentado detrás del mostrador, inclinado sobre una libreta que se parecía muchísimo a la suya. Se acercó, estirando el cuello para vislumbrar lo que escribía. No sin cierta decepción, vio que la página estaba cubierta de garabatos, caracteres indescifrables de una lengua que no entendía. Pero cuando levantó la vista y se encontró con la mirada asombrada del joven, comprendió de repente lo que había escrito allí, en aquella página. Ella era la respuesta a sus inquietudes y sin la libreta sus caminos nunca se hubieran entrecruzado.

Un relato de **Jamal Mahjoub**